

## **MEDICO Y SICOLOGO**

### **Padre Pedro José Ynaraja**

El pasado Viernes Santo tuve el gozo de reencontrarme con una antigua amiga. Lo de antigua se refiere a los años que hace que nos conocemos y al tiempo que ha distanciado nuestros encuentros. Ambas cosas facilitaban que nuestro diálogo huyera de la superficialidad que empobrece a veces las conversaciones con los que nos vemos con mucha frecuencia. Ella es médico y venía acompañada de un amigo sicólogo clínico. Nos quedamos hablando un rato largo después de la liturgia. En un determinado momento, afirma mirándonos a los dos: es curioso: los sicólogos tratáis de librar a los demás del sentimiento de culpa y los sacerdotes recalcaís siempre los pecados. Seguramente las palabras no fueron exactamente estas, el lenguaje coloquial difiere del texto que uno escribe posteriormente. El sentido, estoy seguro, sí que es el mismo.

Marcharon bastante antes de que nos reuniéramos para la Vela de Adoración de la Cruz. Entre ambos hechos se sitúa mi reflexión de ahora, no sin recordar, como lo hice entonces, que estamos acostumbrados a que nuestros medios, después de relatar con pormenores una desgracia de cierta aparatosidad o número de víctimas, digan que la autoridad competente, envió un equipo de sicólogos al lugar del suceso. No niego el valor de estos, entre nosotros algunos ejercen esta profesión, pero siempre preciso que, generalmente, cuando llegan estos, ya han acudido algunos sacerdotes que ejercían en las proximidades. Y añádase que a un padre que encuentra entre los hierros de un transporte el cadáver de su hija, la pregunta acuciante que bulle en su interior es ¿y ahora dónde está? Y ¿por qué le ha tenido que ocurrir a ella?

El sacerdote, el cristiano, no tiene respuesta explícita a la angustiada situación. Tiene, eso sí, explicaciones de consuelo, que se refieren a una historia, que es testimonio, no fantasía imaginada: la de la Pasión y Muerte del Señor.

En la Vela de la noche, hemos puesto en el suelo una austera cruz de troncos. A su lado una estufita eléctrica, con la plancha plana caliente. Con luz suficiente reflexionamos: estamos allí deseando que en el sepulcro del Señor, se entierren definitivamente nuestros pecados o, por lo menos algunos de ellos. Piensa cada uno cual o cuales, y lo escriba en un papelito.

Quedamos después en penumbra, e individualmente, nos acercamos a la Cruz.

Unida nuestra frente al tronco, le encomendamos nuestra carga espiritual.

Depositamos de inmediato el papelito, la indicación de nuestra culpa en la estufa, y un grano de incienso, símbolo de nuestra adoración. Acabada la vela, en el recinto no se siente otra cosa que el perfume.

Reconocer la culpa ante Dios-Redentor nos asegura la Resurrección con Él. Salimos repletos de una Esperanza que ninguna terapia podría proporcionar. Quien lea, entienda.